



DOCTOR RAFAEL LAVISTA
1839-1900

ELOGIOS ACADEMICOS

EL DOCTOR RAFAEL LAVISTA *

Por el Dr. ALFONSO PRUNEDA,
Secretario Perpetuo de la Academia.

A fines del siglo pasado había un grupo de médicos mexicanos muy distinguidos, que honraban su profesión en todos sus aspectos, que eran insignes catedráticos de nuestra Escuela Nacional de Medicina, que tenían todavía tiempo para desempeñar satisfactoriamente algún cargo público y que, por todo ello, disfrutaban merecidamente de la estimación y del respeto generales. Entre esos eminentes facultativos, destacaban don Eduardo Licéaga, don Manuel Carmona y Valle, don Manuel Gutiérrez, don Francisco de P. Chacón, don Manuel Domínguez y don Rafael Lavista. A todos tuvo la satisfacción de conocer el autor de estas líneas y de la mayor parte de ellos tuvo la honra de ser discípulo. Por eso disfrutó el privilegio de ser en 1900 alumno de la clase de clínica quirúrgica que el Dr. Lavista daba en el viejo Hospital de San Andrés; pero lo fué solamente por tres meses, en vista de que tan notable cirujano moría el 4 de abril de ese año, es decir hace 50 años.

El maestro Lavista nació en la ciudad de Durango el 22 de julio de 1839 y siendo muy niño tuvo la pena de perder a su padre. La señora su madre, doña Guadalupe Rebollar de Lavista, quedó así encargada de la educación de sus hijos, entre ellos el tierno huérfano, a quien inscribió en el Seminario Conciliar de aquella ciudad. En 1856 la familia se trasladó a esta capital; el joven Rafael se inscribió en la Escuela Nacional de Medicina, en la que obtuvo premio en todos sus años de estudios, terminando

* Leído en la sesión del 26 de abril de 1950, con motivo del 50º aniversario del fallecimiento del Doctor Lavista.

éstos en 1862, a los 23 años. Durante aquellos fué practicante del Hospital de San Andrés; posteriormente fué su médico, jefe del servicio de cirugía mayor, y en 1864 tomó a su cargo el puesto de director del propio establecimiento. En 1896 inició en el mismo Hospital la fundación del Museo Anatómico, que en 1901 se transformó en el Instituto Patológico Nacional, en el que dieron principio y se realizaron estudios importantes sobre la anatomía y la histología patológica de enfermedades comunes en nuestro país, entre ellas las del hígado.

En 1874 el Dr. Lavista obtuvo por oposición una plaza de profesor de patología quirúrgica en la Escuela Nacional de Medicina y en 1882 pasó a ocupar la cátedra de segundo curso de clínica quirúrgica, que ocupó hasta su muerte y en la que tuvo como jefe de clínica a otro ameritado cirujano, que también gozó de general simpatía, el Dr. Regino González. Disfrutó del merecido honor de representar a México, con el brillo y la inteligencia que ponía en todas sus actividades, en congresos internacionales de medicina celebrados en Berlín, Roma y Moscú, y también fué delegado al Primer Congreso Panamericano de Medicina reunido en Washington, capital de los Estados Unidos de América. Como el Dr. Lavista se distinguió también por haberse interesado en varios aspectos de la profesión médica, fué el fundador en Tlalpam del primer sanatorio privado para enfermos mentales.

Disfrutando, como se ha dicho, de la estimación y del respeto generales, cuando efectuaba una intervención quirúrgica en un paciente infectado, se inoculó en un dedo y como consecuencia de ello sufrió una septicemia, que después de diversas complicaciones, le produjo la muerte el 4 de abril de 1900, sucumbiendo así en el cumplimiento de sus deberes profesionales. Su cadáver fué velado en su casa-habitación, que se hallaba en una de las calles de la Independencia, y le hicieron guardia, además de sus familiares y de sus clientes más apreciados, algunos colegas y varios de sus discípulos, siendo el autor de estas líneas uno de los que disfrutó de ese triste privilegio. Poco antes de la salida del cadáver para el Panteón Español, donde fué inhumado el 6 del mismo mes de abril, se habían reunido en el espacioso patio de la casa del ilustre cirujano numerosas personas de la clase humilde, que iban a despedir a quien en numerosas ocasiones les había prestado gratuitamente su atención médica. Como el Dr. Lavista, no obstante su origen modesto, había llegado por sus méritos y por sus capacidades profesionales y sociales, a relacionarse con las gentes del Gobierno y con las de recursos, los funerales se

vieron muy concurridos, habiéndolos presidido los Ministros Baranda, de Justicia e Instrucción Pública, y Limantour, de Hacienda, acompañados del Dr. Manuel Carmona y Valle, Director de la Escuela Nacional de Medicina. Antes de que el cadáver fuera sepultado, tomaron la palabra el Dr. Porfirio Parra, profesor de anatomía descriptiva en la Escuela Nacional de Medicina, y el Dr. Gregorio Mendizábal, miembro de la Academia Nacional de Medicina, quienes hablaron, respectivamente, en representación de estas instituciones, dentro de las cuales el Dr. Lavista había prestado señalados servicios. Dos meses después, el 4 de junio, se efectuaba en la Cámara de Diputados, una solemne velada que organizaron aquellas mismas instituciones y que fué presidida por el Gral. Díaz, Presidente de la República, y por el Ministro Baranda. Entonces tomaron la palabra el Dr. Juan B. Hernández, profesor de la Escuela Nacional de Medicina, y el Dr. Manuel Domínguez en representación de la Cámara de Diputados. El conocido poeta don Jesús E. Valenzuela dijo una composición de que era autor. La parte musical de la velada estuvo a cargo de la Orquesta del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, dirigida por el maestro José Rivas, la que ejecutó el "Angelus" de Massenet y el "Adagietto" de Bizet; completándose tan selecto programa con el "Ave María" de Otello, cantada por la insigne señora doña Antonia Ochoa de Miranda. Los periódicos de la época publicaron extensas crónicas de esa memorable velada, cuya significación hicieron notar, insistiendo en la personalidad de quien había merecido que se le honrara, y no por merecimientos políticos, en el recinto de la Cámara de Diputados.

Numerosos y de gran valor fueron los aspectos de esa insigne personalidad, cuya memoria estamos honrando al cumplirse 50 años de su muerte. Como médico y especialmente como cirujano, disfrutó de gran clientela, de gentes de posibles y de gentes sencillas, a quienes no sólo aliviaba o curaba a través de sus vastos conocimientos, sino con su amabilidad y el don de gentes que fué una de sus principales características. Sabía encontrar siempre las frases adecuadas a las situaciones con que se enfrentaba y el que ellas tuvieran en algunas ocasiones desenlace fatal, no era obstáculo para que el Dr. Lavista encontrara entonces las frases de consuelo que deben formar parte del lenguaje del médico que sabe ejercer su profesión como debe hacerlo. Cultivador asiduo e inteligente de la cirugía, tuvo oportunidad de practicar por primera vez en México intervenciones difíciles, dilatadas, de técnica complicada, en la que hacía gala de su envidiable habilidad y de su no menos pasmosa serenidad. Sus mismas

aptitudes profesionales las hacía patentes en sus clínicas, en donde por mucho tiempo fué su eminente colaborador el Dr. don Regino González. Quienes asistíamos a esas clases nos dábamos cuenta del saber de ambos cirujanos y de sus dotes pedagógicas, que tenían un sello especial en el Dr. Lavista, con las cuales se ganaban los dos la estimación y el respeto de quienes tuvimos la honrosa satisfacción de ser sus discípulos. En aquella época no se habían inventado las "clinopatologías"; las clínicas eran la aplicación práctica del conocimiento teórico que se aprendía en las patologías, y por eso en la del Dr. Lavista, como en las de sus colegas, los alumnos los veíamos hacer esa aplicación en el enfermo que teníamos enfrente, lo que además de prepararnos para explorar y atender bien a los pacientes, nos convencía de que la teoría debe preceder a la práctica y que sólo por medio de conocimientos bien adquiridos, el ejercicio de la medicina, como en las otras actividades profesionales, puede tener la amplitud y la eficacia que le corresponden.

La cooperación del Dr. Lavista en las sociedades científicas fué también notoria, distinguiéndose especialmente la que prestó a nuestra Academia Nacional de Medicina, en cuyo salón de actos destaca, en la galería de sus presidentes, la amable e inteligente figura de tan insigne académico. Ingresó a ella el 20 de noviembre de 1867, cuando tenía 28 años de edad. Fué su vicepresidente en cinco periodos: 1876-1877, 1878-1879, 1892-1893, 1894-1895 y 1896-1897; y ocupó la presidencia durante cuatro años: 1881-1882, 1883-1884, 1895-1896 y 1897-1898. En la "Gaceta Médica de México", órgano de nuestra corporación, aparecen publicados los interesantes trabajos que presentó durante su actuación académica y que, en síntesis, se refieren a los siguientes asuntos: tratamiento de los abscesos hepáticos por una sólo punción intercostal; sinovitis crónica de la articulación fémoro-tibio-rotuliana; curación por el método de A. Guerin de la trituración y arrancamiento de una falangeta; empaque algodonado; reseña histórica de las más importantes operaciones practicadas en los últimos tiempos; extirpación de un quiste de ovario, con estudio anatómo-patológico del tumor; un caso de tuberculinización de la vejiga; curación de las heridas penetrantes de vientre complicadas de hernia; sarcoma del cuello; tratamiento de un aneurisma traumático arterio-venoso del brazo; espondilitis raquídea y tratamiento de un caso de carcinoma epiteliomatoso del pene. En estos estudios el Dr. Lavista demostró su acuciosidad clínica, su habilidad como cirujano y su afán de conocer e introducir en México nuevas técnicas quirúrgicas. El estudio que presentó sobre sífilis vacunal el 11 de agosto

de 1868 merece una mención especial. En él su autor hizo, entre otras, las siguientes consideraciones: no existe observación que pruebe la sífilis vacunal, la que se produciría por inoculación de linfa vacunal mezclada con sangre o con alguna exudación manifiestamente sifilítica; rodeándose de precauciones no se trasmite otra cosa que la vacuna; si ellas faltan sí es posible la trasmisión de la sífilis con la vacuna y esto puede suceder sirviéndose del cow-pox; y agregó las siguientes afirmaciones textuales: "En igualdad de circunstancias és preferible la vacuna humanizada a la vacuna animal porque el práctico menos experimentado conoce más fácilmente las enfermedades de la especie humana que las de la especie bovina y, por tanto, está más expuesto a transmitir a sus semejantes enfermedades cuyas consecuencias pueden ser terribles". "La acusación de la trasmisión de la sífilis por la vacuna exige una pronta reparación porque el público rehusa vacunarse y necesita se le dé garantía para normar su conducta".

El Dr. Lavista formó parte de diversas comisiones encargadas de dictaminar sobre memorias presentadas a la Academia, entre ellas las de los Dres. Tomás Noriega y Joaquín Vértiz que deseaban ocupar, como lo hicieron, sendas plazas en la sección de patología, clínica y terapéutica quirúrgicas. También aparecen en la Gaceta el discurso que pronunció el Dr. Lavista, en nombre de la Academia, en la velada fúnebre dedicada a honrar la memoria del Dr. Agustín Andrade, expresidente de la corporación, profesor de medicina legal en la Escuela de Medicina y presidente del Consejo Médico-Legal; y los discursos que leyó el día 1º de octubre de 1882, al terminar su primer período presidencial, y el mismo día de 1898, después de haber ocupado por cuarta vez la presidencia de la Academia. Por las épocas en que fueron leídos esos discursos y por los conceptos que encierran, es interesante hablar especialmente de ellos, aunque sea con la brevedad que requiere la índole del acto que se está celebrando.

En el discurso de 1882 el Dr. Lavista habló de los inconvenientes que había encontrado para vigorizar las sesiones, entre otros la falta de concurrencia a las mismas. Decía textualmente: "Nuestra sala, algunas veces desierta, ofrece un aspecto poco alentador; falta la posibilidad de comunicarnos recíprocamente y no es posible ampliar las discusiones ni darles interés si los trabajadores científicos no concurren. El cambio mismo de ideas no encuentra campo apropiado y los asuntos de más vital importancia se agotan, se esterilizan, por la estrechez con que se les trata; sería de desearse que este grave mal se combata con energía: bastaría para

destruirlo, la buena voluntad de nuestros consocios". A propósito de la falta de temas que provocaran las discusiones, agregaba, también textualmente, "no se nos consultan los asuntos de vital importancia social que en nuestra órbita deberíamos estudiar y resolver para ilustrar a nuestras autoridades". "Es ya tiempo de que debamos ser considerados como el cuerpo científico a quien se consultan los negocios que nos competen". Podría faltar, decía, la ayuda del Gobierno si se piensa "que es una gracia que se dispensa a una Sociedad puramente especulativa". Refiriéndose a los retratos de los presidentes y vicepresidentes difuntos, decía "es un homenaje de respeto y consideración a la memoria de los hombres ilustres que reorganizaron nuestra Sociedad, es una deuda de gratitud que tenemos que llenar y, al hacerlos asistir a nuestras sesiones, nos inspiraremos en el recuerdo de sus virtudes, tomándolos como preciosos modelos".

. 16 años más tarde, en su discurso presidencial del 1º de octubre de 1898, casi al terminar el siglo XIX, el Dr. Lavista se refería principalmente a los progresos realizados en el campo de la Medicina, sobre todo, en materia de anestesia, antisepsia, bacteriología, seroterapia y radiografía. A propósito de ésta se debe recordar ahora que Röntgen había descubierto los rayos que llevan su nombre, también llamados rayos X, en 1897, el año en que el Dr. Lavista inauguraba su último periodo como presidente de la Academia. En su discurso estampa también, entre otros conceptos los siguientes, algunos de los cuales se reproducen textualmente: ya no se discuten el viejo humorismo o el solidismo; tampoco nos preocupa el estudio de las fiebres de carácter esencial; no se pone en duda la importancia de los estudios microscópicos ni se discute la naturaleza de la fiebre puerperal; ya no se habla de las dificultades desaparecidas por la conquista de la antisepsia. Habla de los "descubrimientos gloriosos que permiten combatir con éxito extraordinario dos enfermedades justamente temibles: la rabia y la difteria"; y en otros párrafos dice "al fin del siglo tienen la palabra los hechos: esto explica por qué han desaparecido de nuestras discusiones las cuestiones de doctrina"; "apenas asistimos a una de nuestras sesiones sin que se nos señale algún progreso del arte quirúrgico"; hace notar la importancia de la aplicación de las ciencias exactas y su valiosa cooperación en la medicina; menciona rápidamente algunas que entonces eran novedades: el suero artificial, la perfección en el diagnóstico por los nuevos métodos, la acción de los venenos producidos en el organismo o extraños a él, los medios de defensa contra las infecciones, los progresos de la fisiología, el origen tóxico de algunas enfermedades

mentales, el resultado benéfico de los baños fríos en los tíficos; las consecuencias de las perturbaciones en las funciones de la nutrición, entre las que mencionaba la colemia, la gota, el reumatismo, la diabetes, la uremia, el asma, la neurastenia y otras. Ya para terminar su importe discurso, lleno de cualidades, explicaba la ojeada científica que había hecho porque ponía de manifiesto "los adelantos de nuestra ciencia, bastantes para dar derecho a la más alta consideración de los gobiernos ilustrados del mundo entero". Y, teniendo presente lo que había pedido en su discurso de 1882, formulaba el voto de que nuestra sociedad "en días no remotos adquiriera justamente el título de *Academia Nacional de Medicina*".

Los méritos del Dr. Lavista fueron señalados elocuentemente en el acto de su sepultura y en la velada de la Cámara de Diputados y por eso se transcriben en seguida algunas frases de las que entonces se vertieron. Don Gregorio Mendizábal dijo de don Rafael Lavista que era "gran carácter, batallador, analítico, perseverante y tenaz" y también le llamó "aquel sacerdote de la ciencia, que enjugó tantas lágrimas en la espinosa senda de su vida profesional, que arrancó tantas vidas de las garras de la muerte, que regó tantas veces las flores del consuelo en el lecho del moribundo y que derramó a torrentes la caridad en el ejercicio de su humanitaria profesión". Por su parte, don Manuel Domínguez llamó la atención sobre su "método claro para hacer fructuosa la enseñanza; amor por las nuevas doctrinas, constancia en el estudio, habilidad de operador y tendencias para reformar los métodos y dar al traste con las antiguas prácticas"; y, por todo eso, el mismo Dr. Mendizábal aseguraba la "gran pérdida que las ciencias médicas, la patria, la humanidad entera y especialmente la Academia sufrían con la muerte del gran cirujano de México, tan justamente estimado por sus relevantes dotes, por su claro talento y por la consagración de su vida entera al progreso de la ciencia y al servicio de la humanidad doliente".

Así se decía hace cincuenta años, al morir el ilustre cirujano, el notable catedrático, el insigne académico a quien estamos honrando en esta noche. Su vida y su obra, reseñadas y comentadas dentro de los límites que exige una conmemoración como la presente, lo hicieron acreedor a la consideración y el respeto de que gozó merecidamente durante su paso por este mundo. Ahora, al cumplirse medio siglo de la desaparición del Doctor y Maestro don Rafael Lavista, la Academia Nacional de Medicina le rinde respetuoso y cordial homenaje: saluda con afectuosa atención a sus apreciables descendientes y otros familiares que, con su presencia,

han dado especial significación a este acto; y les asegura que siempre se conservará con cariño y con respeto la memoria de quien, además de ser un ilustre académico, fué un médico que amó y ejerció noblemente su profesión, un catedrático que mereció sin duda alguna el título de auténtico maestro, y un ciudadano ejemplar que supo honrar a su Patria, contribuyendo, en la esfera de sus múltiples actividades, a su progreso, a su bienestar y al buen nombre de que disfruta dentro de la Comunidad Internacional.